

El otro en el mismo

CLAUDINE CASANOVA*

Asociación de Psicoanálisis Jacques Lacan, París, Francia

Turnheim, Michael. *L'autre dans le même*. Paris: Éditions du Champ Lacanien, 2002. 164 páginas.

El libro de Michael Turnheim, *El otro en el mismo*, fue escrito y publicado en alemán en 1999; su edición en francés es de 2002. El vivo interés que despertó en mí la lectura de este libro, que coincidió con un trabajo de traducción al español de otro texto, con el que por entonces me había comprometido, me llevó a preguntarle al autor, durante un coloquio en Bernreid, en 2004, si no deseaba que su libro fuese traducido al español. La cuestión había quedado en suspenso... Pero cuando en el 2005, con una colega de la Asociación de Psicoanálisis Jacques Lacan, decidimos organizar el evento de presentación de escritos psicoanalíticos, se me impuso el hecho de invitar a Michael Turnheim, para que hablara de su libro. Con la sencillez que lo caracterizaba, Turnheim aceptó y entabló un debate con sus lectores, a propósito de los puntos que hacen el meollo del tema tratado en su obra.

Con ese antecedente, escribo esta reseña para *Desde el Jardín de Freud*. En relación con el subtítulo del libro, "Reflexiones psicoanalíticas a propósito del duelo, el chiste [mot d'esprit] y la política", es decir, en torno a tres asuntos aparentemente inconexos, el autor interroga el silencio que pesaba sobre la muerte de Jacques Derrida por parte de

* e-mail: claudine.casanova@free.fr

© Ilustración: Lorenzo Jaramillo

los analistas, a excepción de algunos pocos. En efecto, M. Turnheim se inspiraba a menudo en la teoría de la deconstrucción del filósofo, al punto de elegir como título para su propio libro una cita de Derrida. Además, en algún momento sostuvo: "Ese libro es el testimonio de un camino hacia Derrida [...] la otra cosa de la cual da fe, solo puedo decirlo fuera de tiempo, es mi separación progresiva de la Escuela de la Causa Freudiana". M. Turnheim se negaba a dejarse encarcelar en el modo de pensar de sus iguales:

Cada vez menos podía arreglármelas con el modo prevalente en mi medio profesional de hacer referencia a las intenciones o a la persona de Lacan. "Como el doctor Lacan ha dicho...", se había vuelto una fórmula casi mágica y, más que dedicarme a aquellas tentativas de revivificación, yo deseaba atreverme a echar una mirada por la ventana.¹

En el capítulo referido al duelo, "Trabajo de duelo", el más largo del libro, el autor se refiere sucesivamente a cuatro obras de Freud para mostrar que al sujeto Freud se lo localiza mas allá de lo que quiere decir: "Se trata de tomar en serio el anudamiento entre vida y obra"², otra manera de decir que el psicoanálisis no es desencarnado. En primer lugar, el

1. Michael Turnheim, *L'autre dans le même* (Paris: Éditions du Champ lacanien, 2002), 11.

2. *Ibíd.*, 80.

autor nota la distancia que hay en la conceptualización del duelo entre “Duelo y melancolía” (1917) y la carta de Freud a Binswanger (1929). En la obra de 1917 la teoría del duelo es la siguiente: el trabajo del duelo permite la sustitución del objeto perdido. Doce años después, afectado para entonces por la muerte, primero de su hija y, después, de su nieto, Freud escribe una carta a Binswanger, enlutado a su vez por la muerte de su hijo, en la que precisa que ningún objeto puede sustituir al objeto perdido: esa imposible sustitución, incluso a pesar del taponamiento del lugar, permanece como señal de amor.

En referencia a “Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte” (1915), el autor escribe: “Es un texto particularmente complejo que pone el duelo en relación con el asunto de la alteridad del otro”³. Esa parte del capítulo se intitula “Las dos alteridades”: por una parte, la alteridad de nuestra muerte impensable se refiere a una *ausencia*, mientras que, por otra parte, en lo que concierne a la alteridad del otro como tal, del extraño, es su *presencia* la que resulta insoportable y odiosa, y su muerte es la consecuencia. Esta alteridad no es problemática por cuanto el sujeto puede desconocerla: “La alteridad existe pero —al matar al otro y al desconocer la eventualidad de nuestra propia muerte— nos quedamos en lo mismo”⁴. Mantenerse en el desconocimiento de la alteridad de su propia muerte, conduce a un sujeto al duelo, patológico o no.

La relectura de “Lo percedero” (1916 [1915]) —que es la huella de una ideología estética— así como su lectura de Hegel, llevan a M. Turnheim a escribir:

Entrego indicios que permiten poner en relación la idea de Freud a propósito de una posible desaparición del arte con una resistencia de su parte en cuanto a la legibilidad

3. *Ibíd.*, 29.

4. *Ibíd.*, 32.

de las obras, resistencia cuyos efectos aparecen en su teoría del duelo.⁵

La parte siguiente del capítulo, referida a *Duelo y melancolía*, despliega las marcas distintivas del sujeto melancólico a partir de la ambivalencia, que lo conduce al rechazo del reconocimiento de la alteridad: “De esa alteridad, el futuro melancólico no quiere saber nada”⁶. Los asuntos del fracaso de la incorporación, la injuria melancólica y la ausencia de vergüenza, hacen patológico su duelo; en él es el “objeto crudo”, y no la suma de sus marcas distintivas, lo que será incorporado. El autor cita a Benjamin quien concluye que el melancólico hace de la alegoría una escritura, precisando que para él “la cosa devuelve otra cosa”⁷.

M. Turnheim no duda en plantear cuestiones con las que corre el riesgo de molestar, pero en eso no cede en relación con su deseo; lo cito: “Pero, ¿acaso hemos encontrado lo que Lacan *no ha querido decir*, es decir, lo que, a pesar suyo está escrito en sus textos?”⁸. El autor critica la sordera de los sucesores de Lacan a propósito de la singularidad de sus textos, singularidad que no se aviene a la idea de un “querer decir” inmutable o de una lectura única.

El capítulo sobre el duelo termina con el tratamiento del asunto de la sucesión en el psicoanálisis y de la complejidad de las relaciones entre psicoanálisis y ciencia. Una parte importante del final está dedicada a la exposición del “trabajo del duelo” de Freud, comentado por Derrida, quien muestra a un Freud en duelo por su hija y por su nieto que sin embargo sigue hablando de trabajo, de lecturas, arrastrado por la idea de que no era por la supervivencia de su nombre por lo que su teoría tendría que ser reconocida como una ciencia. Más

5. *Ibíd.*, 14.

6. *Ibíd.*, 61.

7. *Ibíd.*, 74

8. *Ibíd.*, 93.

tarde Lacan afirmará, al respecto, que en la obra del análisis no puede haber forclusión del nombre propio.

En el capítulo siguiente, “Azar, Witz y saber, en relación con el chiste (*mot d’esprit*)”, el autor recuerda que el concepto freudiano de *Witz* implica que ciertos chistes llamados atípicos revelan a menudo ser los más interesantes y eficientes. Después explora la diferencia entre *Witz* y enigma, y recuerda que Freud calificaba la relación entre los dos como negativa: “Las alusiones del chiste tienen que ser llamativas; las omisiones, fáciles de completar; al despertarse el interés del pensar consciente se imposibilita, por lo general, el efecto del chiste. En esto reside una importante diferencia entre chiste y acertijo”⁹. Es decir que el chiste es conciso, se desarrolla en un mismo tiempo, el sentido y la literalidad forman uno; mientras que el acertijo, en su función de enigma, por ejemplo en el “caso” de *famillionar*, no por significar nada al oírlo deja de provocar en el sujeto un instante de estupefacción, que da paso a un saber para comprender las palabras que forman esa palabra mixta, luego de lo cual, finalmente, se descifra.

Al referirse de nuevo a Hegel, M. Turnheim llega a una concepción según la cual lo que se realiza en el chiste es que “lo absolutamente bueno [...] se lo encuentra ya en sí cumplido y que no necesita esperarnos”¹⁰.

La tercera parte del libro, “Psicoanálisis y democracia”, que trata de la política, es una exposición realizada en 1998, en momentos de una crisis institucional en la cual, oponiéndose a una idea extendida entre los lacanianos, el autor afirma la existencia de un lazo estrecho entre democracia y psicoanálisis. Turnheim define el concepto derridiano de democracia del siguiente modo: “No hay democracia sin el respeto de la singularidad o de la alteridad irreductible pero tampoco hay democracia sin ‘comunidad de amigos’, sin

9. Sigmund Freud, “El chiste y su relación con el inconsciente” (1905), en *Obras completas* (Buenos Aires: Amorrortu, 1980), 143.

10. Turnheim, *L’autre dans le même*, 143.

cálculo de las mayorías, sin sujetos identificables, estabilizables, representables e iguales entre sí”¹¹.

Puntuía como un verdadero escándalo la doble articulación entre representación en política y singularidad que muestra lo imposible, es decir lo real en juego, al mismo tiempo que una vecindad esencial entre democracia y psicoanálisis.

Encuentro este libro particularmente difícil de leer porque es muy rico en referencias de las que habría que disponer pero, sobre todo, lo encuentro conmovedor: nos muestra un psicoanalista orientado por su deseo, quien no vacila en tomar posiciones que uno puede encontrar discutibles, pero que afirma su elección de ir a “echar una mirada afuera”, es decir, de pensar con otros, filósofos en su mayoría, antes que de repetir a coro conceptos inmutables (algunos de ellos ya desgastados, vaciados de su significación por el hecho de haber sido balbuceados incansablemente). En ningún momento renunció a su elección de analista que, como él la entendía, implicaba revitalizar la reflexión, muestra de lo cual es este libro.



11. Jacques Derrida, *Politiques de l’amitié* (Paris: Galilée, 1994), 40. Citado por Turnheim, *L’autre dans le même*, 155.